

un rebote y vuelvan á clavarse en el que los despidió.

El hombre que se empeñe en atacar lo que Dios ha fundado, cuando existe el rescripto del mismo que dice: «no prevalecerán,» *non prævalebunt* (Math., cap. xvi, vers. 18); el que intente trabajar en urdir lazos, en formar redes, en levantar valladares para enredar al Vicario de Cristo en los primeros, ó impedirle el paso con los segundos, descende en el orden moral á tal grado de estupidez, que excede á la de un insecto vil. ¿No se ha de reir el Señor? ¿No se ha de burlar de tanta temeridad? Comparemos séres con séres y objetos con objetos: mirad á una araña que fabrica la tela de su morada; con qué destreza coloca los hilos paralelos, formando despues ángulos, rectángulos y polígonos, y despues óvalos, círculos y triángulos ligados en todas direcciones. ¿Y para qué es ese trabajo hecho á sus expensas? Para saciarse luégo en los jugos del insecto alado que se ha de enredar en su tela: no hay cuidado que pase alguno por su contorno que no sea su víctima; y la araña lo sabe en su instinto, que no falta jamás ni en elegir los medios ni en palpar los resultados.

No sucede otro tanto á los hombres que forman redes para enredar en ellas al Vicario de Cristo, ó para devorar á los que el mismo Jesucristo manda que vuelen como águilas por el mundo anunciando la verdad. ¡Qué afanarse esos hombres para tejer la red de la conspiracion y la trama de la ficcion! Colocan un hilo, diez, ciento, mil. «Está hecha la red, dicen, y esta vez no se nos escapará;» y entre tanto, Dios está mirando desde el cielo, y se rie al ver que han dejado olvidado un hilo, y no han sabido tejer la tela. «No tiene éfugio, vuelven á decir: hemos tomado todos los caminos; el monte y el valle es nuestro; la altura y la hondonada están guardadas: no se nos escapará.» Y Dios se rie de ellos por haber dejado las laderas sin custodia y porque no han visto

sus senderos. Así sucede, y no de otro modo; y, como lo decia el Profeta Rey: *Qui habitat in cælis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos.* (Ps. II, vers. 4.)

¿Y no es esto mismo lo que está presenciando la Iglesia católica en estos tiempos de persecucion, que la han suscitado muchos que no toman en sus lábios las palabras de hijos muy devotos y de protectores decididos sino para clavarla con más facilidad el dardo de sus iras, ó para encubrir la trampa disimulada con ramajes floridos? Una conjuracion aleve se ha estado urdiendo, desde tres lustros atrás, para asediar poco á poco al Romano Pontífice y estrecharle hasta obligarle á que entrase en pactos con la revolucion antisocial y sancionase unos principios nuevos en el orden social y político, que subvertian todos los que Dios ha revelado, los que conocemos con las solas luces de la razon y los que ha consagrado el derecho público y de gentes. Se ha conseguido llevar la seduccion á los retretes de los grandes Consejos de los imperios y corromper los entendimientos de los pueblos con doctrinas erróneas, pero favorables á los instintos brutales de las masas que echan en olvido la ley de Dios. Un fantasma de unidades nacionales y políticas, semejantes á la que publicó Antíoco (*I Mac.*, cap. I, vers. 43) para apoderarse de la Judea, de Jerusalem y de sus tesoros, empezó á aparecer como en vision á los pueblos felices que vivian en las riberas del Tíber y en las amenas campiñas del Latio. ¿Y para qué se hacía todo eso? Para tejer la red en que querian esos lobos, disfrazados con piel de oveja, que cayese el Vicario de Cristo.

¿Qué decian esos hombres en sus reuniones tenebrosas? «El Papa se ha de ver obligado á entrar en pacto con la revolucion, pues los pueblos profesan el principio nuevo de nuestra política de poder constituirse á su antojo, y los Soberanos el de no intervenir en negocios

ajenos.» Y Dios decia desde el cielo: *No entraré*. Decian además: «Han de ir levantándose, una por una, las provincias, hasta que no le quede al Papa más territorio que los alrededores de Roma; y reducido á la miseria, ha de tener que ceder en sus pretensiones de soberanía.» Y Dios decia: *No cederá*. «Lo hemos de hacer rendirse por hambre, pues no cobrará tributos ni gabelas.» Y Dios decia desde el cielo: *No se rendirá*. «Hemos de levantar ejércitos, decian los sacrilegos y los parricidas, y hemos de rodear á Roma con cerco de hierro; asentaremos cañones de batir á la nueva Tarpeya, y miéntas que éstos vomitan balas contra esa llamada *roca de Sion*, han de llover bombas incendiarias sobre las basílicas, sobre el mismo Janículo, sobre el mismo Vaticano; y atemorizado el Papa, huirá y nos dejará campo abierto para apoderarnos de su tiara y ponémosla sobre nuestras sienas, y abolir para siempre su principado.» Y Dios decia: *No se atemorizará, no huirá*, y así se ha cumplido lo que decia David: *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos*.

Hé ahí, mis amados fieles, la gran red que la impiedad, cubierta de clámide de escarlata, ha estado tejiendo para coger en ella al gran Pio IX. Vosotros veáis ciertas operaciones y oíais proclamar mil axiomas falsos en religion y en política; y, atendido á que se guardaba el secreto entre salones dorados y bajo pabellones donde alternaban dos enseñas, emblemas de sinceridad y de elevacion de miras, cuales eran una cruz y un águila, no sabíais que todo eso era la preparacion paulatina para consumir la mayor de las tiranías, el mayor de los robos, el más abominable de los sacrilegios. Ahora lo sabeis, y sabeis además que Dios se ha reido de tanta indignidad, de tanta hipocresía, de tanta inobediencia y de tanta y tan inicua trama. *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos*.

Pero existia entre los revolucionarios otro pensamiento, y era el que más los alentaba: mas esto no era un secreto, pues fué propalado cien veces, ora saliendo de aquellos cuyos lábios, como dice el Espíritu Santo, no deben pronunciar mentiras ni fraudes (*Prov.*, capítulo xvi, vers. 10), ora porque así lo gritaban á son de clarín esos órganos estipendiados para propagar el error y las malas doctrinas, los cuales algunas veces, sin darse razon de ello, echan á volar los secretos de la revolucion que los alimenta. Vosotros, por tanto, amados oyentes, érais sabedores de este secreto: vosotros lo habíais oido. «El Papa, decian los impíos, es muy viejo, y además lleva tantos años de pontificado, que está rayando con aquel período del cual no puede pasar. Lo sabemos muy bien, repetian: en diez y nueve siglos ninguno, si no es San Pedro, ha cumplido veinticinco años de pontificado: el *Non videbis dies Petri* se ha proclamado á los oidos de Pio IX como á los de Silvestre, á los de Pio VI, á los del sétimo; y si bien éstos tocaron al vigésimocuarto, pero todos cayeron en él, y no ha de ser el actual más que los otros. Haga, pues, el Papa lo que quiera, gritaban con orgullo, no éntre en convencion, no ceda nada de sus derechos, no se rinda por hambre, no se atemorice con las bombas, no huya: en hora buena; pero el dia fatal se acerca; la muerte le amenaza; el *Non videbis dies Petri* se ha de cumplir al poco de entrar nosotros en Roma: morirá, y no permitiremos que haya eleccion de Papa: morirá, y si eligieren otro, no entrará en Roma sino previo juramento de abdicar el poder temporal: morirá, y quedarán frustradas sus esperanzas y las de los fanáticos.» ¡ Ah, necedades! Sí, necedades, mis amados oyentes; Dios oia todo esto, y decia desde el cielo: *No morirá*. Y el Santo Pontífice vive, y la tierra está conmovida, y el mundo se ha puesto en movimiento, y del Oriente, del Occidente, del Setentrion y del Mediodía van todos pre-

surosos al Vaticano á ver al Papa detenido, al Mártir del Janículo, al Cautivo de los revolucionarios; van á besarle los piés, á ofrecerle sus dones, á decirle que están todos prontos á empuñar la espada en el dia que Dios tenga señalado para el castigo de los malos empedernidos; y despues de haber visto aquella figura, juvenil aún despues de ocho décadas; despues de haber oido aquellas palabras amorosas, vigorosas, encantadoras, extasiadoras, consoladoras, salen diciendo todos: «¡Milagro! ¡Milagro! Verá los dias de Pedro, y los pasará, y verá la ruina de sus enemigos y el triunfo de la Iglesia.» *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos.* Sépanlo, pues, los impíos: Pio IX vive, Pio IX vive, Pio IX vive, Pio IX vive: sépanlo las cuatro partes del mundo: Pio IX vivirá hasta que vea el triunfo de la fé y de la justicia.

VII.

Poco tengo que deciros ya, mis amados hermanos, sobre lo que os sugiere la virtud de la esperanza despues de haber oido lo que todos vemos con los ojos de la fé. Cuando el venerable Pontífice ha entrado en el año vigésimosexto de su pontificado, encontrándose fuerte y vigoroso como si estuviera en los dias de la mayor virilidad; cuando toda la Iglesia en masa está hoy orando al Señor para que continúe manifestando más y más su poder; cuando ésta se hallaba, hasta hace poco tiempo, como agobiada con un peso enorme de tribulacion, y de repente se ha vestido de gala, aún teniendo cautivo al que es su Cabeza visible; cuando en toda la redondez de la tierra se oye hoy el mismo cántico, se modula la misma salmodia, hacen eco las mismas alegrías, resuenan los mismos ruidos festivos y retumba toda la tierra con una especie de tempestad de melodías, con la cual los

católicos bendicen á Dios por sus misericordias, no puede uno ménos de presagiar algo que va á ser nuevo, inaudito y extraordinario en los tiempos y en las cosas.

¿Sabeis lo que es esto, mis amados hermanos? No os lo diré por propia autoridad. El Espíritu Santo nos dice (Jacob., cap. 1, vers. 17), los Santos nos enseñan, y la Iglesia lo confirma, que toda inspiracion santa nos viene de Dios, diciéndonos además que, cuando el Señor quiere conceder una gracia, extraordinaria ú ordinaria, envia primero inspiracion, la gracia de la inspiracion, para que se la pidamos. Ahora, pues, desde aquel momento tristísimo en que Herodes tenía preso á San Pedro, no se habia visto jamás una cosa tan parecida á lo que hoy estamos viendo. Entónces toda la Iglesia se puso en oracion pidiendo á Dios la libertad de Pedro (*Act.*, capítulo xii, vers. 5); de modo que la Iglesia pedia lo que Dios la habia inspirado que le pidiese, porque se lo iba á conceder. Y hoy sucede otro tanto: la Iglesia entera, en toda la redondez de la tierra, tiene la misma inspiracion, hace la misma oracion, y dirige á Dios la misma súplica, pidiéndole que el gran Pio vea los dias de San Pedro, y hasta que los supere, para que pueda ser testigo del triunfo más grande que habrá tenido la Iglesia desde los tiempos de Diocleciano.

Y ésta es mi esperanza, la misma que no he dudado expresar al mismo Soberano Pontífice hace seis dias, al remitirle un libro que he escrito hace poco, en el cual he afirmado y afirmo que esa Italia efímera, ese reino de agregaciones de rapiña, formado con los despojos más inícuos, y sobre todo con los más sacrílegos, no es sino *Italia de un dia*; porque ni la legitiman los nuevos principios de derecho reprobado, ni la consolidan las teorías de los hechos consumados, ni la dan sancion los asentimientos tácitos ó expresos de los príncipes; porque éstos mandan cada uno en un rincon de la tierra, y Dios, que

ha dado á su Vicario un cetro entre los Reyes, manda en la tierra y en el cielo; y si no es mañana, al otro día, ha de mover á las gentes, y pondrá su lábaro sobre los montes, convocando al Austro y al Aquilon á la guerra, y el Santo Pontífice triunfará, la tiranía será derribada, el derecho legítimo se restablecerá, y una edad de oro se levantará en toda la tierra. Esta es la esperanza de todos los católicos.

VIII.

En este día de gloria y de alegría, el cual es un signo cierto y un pronóstico seguro del triunfo no lejano de la Iglesia, no es justo anunciar desventuras ajenas. Pero sí debo deciros, para avivar vuestra fé, que no os desanimeis porque veais el triunfo transitorio y efímero de los malos. Dios es padre de misericordias, y da tiempo á los hombres para que se conviertan á Él, ántes que llegue el día de sus iras: Él detiene los pasos del criminal para que no consume el crimen en su último punto. Así vemos que cuando un Atila quiso franquear las ondas del Pó y marchar á Roma, para que no lo hiciese le presentó dos seres inmortales con mirada fulgurante y espada flameante. ¡Ay de él si no hubiera vuelto atrás! Cuando no se oyen estas voces fuertes y amorosas de Dios, y se da el último paso en la carrera de los crímenes sacrílegos, ¡ay qué terrible se presenta Dios! Oigamos cómo describe un Profeta lo que sucede entonces:

«Dios, dice, viene del Austro, y el Santo del monte Faran: delante de sus pasos va la muerte: detiéndose, y de una ojeada mide la tierra, mira, y disuelve las naciones, y se hacen pedazos los montes de diez siglos, doblegándose sus altas crestas delante del que tiene sus caminos en la eternidad. Él levantará su arco, y lo extenderá, y cumplirá el juramento que hizo á su pueblo.

El abismo hablará entónces, y las alturas alzarán sus manos. Señor, añade el Profeta: el sol y la luna se detuvieron: al ver el fulgor de tus saetas, marcharán en el resplandor de tu vibrante lanza; y tú, con un bramido, hollarás la tierra, y con tu furor harás que caigan en estupor las gentes; porque saliste para salvar á tu pueblo, te levantaste para salvar á tu Ungido, y derrocaste la cabeza de la casa del impío, echaste la maldición á sus cetros, y al jefe de los guerreros, que venian como torbellino á hacernos añicos.» (Habac., *orat.*)

Todo esto acontece, mis amados oyentes, cuando, cumplido el tiempo de la paciencia de Dios, determina Éste levantar su mano, y, desenvainando su espada, sale Él mismo á dar batalla á los enemigos de su Hijo y de su Iglesia. Pero escuchad lo que os voy á decir, y conservadlo grabado profundamente en vuestros corazones.

No hay en este mundo mayor nobleza, como decia una Santa mártir á un tirano, que la de ser cristiano: «La servidumbre de Cristo, decia, es más noble que todo el esplendor de los Reyes.» (*Act. Mart., S. Agath.*) El hombre noble con la nobleza terrena, deja de serlo y empieza á ser vil desde que se encarniza con el débil y miserable: la mayor degradacion de un vencedor es saciar sus iras en el vencido. Hoy, nobilísimos hijos de la Iglesia católica, celebráis un gran triunfo, y teneis indicios ciertos de otro mayor. Pedid, pues, al cielo lo que la nobleza misma terrenal prescribe entre los hombres, lo que la Religion manda, lo que Jesucristo nos enseña, y lo que desea con todo su corazón nuestro inmortal Pontífice Pio IX.

¿Cuál ha de ser nuestra peticion? Paz al mundo; conversion de los pecadores para que no caiga sobre ellos la ira de Dios; vuelta voluntaria y pacífica de los usurpadores del poder temporal del Vicario de Cristo á sus antiguos límites; triunfo de la ciencia de Dios sobre la

vana y carnal, de la justicia y del derecho sobre la injusticia y la iniquidad; libertad para la Iglesia católica, perseguida y aherrrojada, no tanto por los hombres como por instituciones impías, y numerosos dias de vida para nuestro Padre Santo, á fin de que vea el triunfo de la Religion, la victoria de la santa doctrina y el arrepentimiento de los malos, y despues entone el cántico del anciano Simeon, y diga ántes de emigrar al cielo: *Ahora, Señor, deja que tu siervo muera en paz, porque han visto ya mis ojos la salvacion de Israel.* (Lúc., cap. II, vers. 29.) Amen: así sea, y tenga el corazon lo que profiere la lengua.

Así sea, mis amados hermanos: á Pio IX muchos años: á los pecadores mucha misericordia: á los buenos mucha gracia para que sean mejores y perseveren: á nosotros todos mucha fortaleza para profesar la verdad, seguir la justicia, y ser defensores de la fé con palabra, con ejemplo y con obras santas: á todos los que están aquí la bendicion celestial, que os doy en el nombre del ✠ Padre, y del ✠ Hijo, y del Espíritu ✠ Santo. Amen.

ORACION FÚNEBRE

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA ⁽¹⁾.

Est autem ei multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientia.

Estímase mucho la abundancia de piedras preciosas; pero los lábios del sábio son un vaso precioso.

(Prov., cap. xx, vers. 15.)

Teniendo en la memoria la muchedumbre y variedad de los errores humanos, más de una vez, entregado al silencio y á la meditacion, me he propuesto examinar cuál es la mayor necesidad en que puede caer el hombre; y despues de reflexionarlo mucho, he creido que la mayor necesidad es aquella que describe el Profeta en estas palabras: *El hombre constituido en honor, no lo quiso entender; se igualó con los irracionales, y se asemejó á ellos.* (Ps. XLVIII, vers. 21.) Pero, despues de haber resuelto la cuestion, me he propuesto saber tambien en qué consiste precisamente esta necesidad de no entender el hombre su dignidad, de igualarse con los irracionales y de asemejarse á ellos; y por cierto no he tenido que internarme mucho en la consideracion metafísica de las cosas para saberlo. Los mismos que tienen la desventura de incurrir en esa estupidez, resuelven la cuestion

(1) Esta oracion fúnebre fué predicada por ruego y encargo de la Academia Española en las honras solemnes de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles el dia 23 de Abril del año 1873, en la iglesia de religiosas Trinitarias de Madrid.